

GROWN UP LANGUAGE

The Rig

La Plataforma

A Survival-Horror Novella for Beginner
Learners (A2) · Castilian Spanish

FREE SAMPLE

grownuplanguage.com

Prólogo — Lo que quedó abajo

Hace muchos años, la plataforma todavía sacaba petróleo¹ del mar.

Estaba lejos de la costa, en el Mediterráneo, sobre unas patas² de hierro clavadas³ en el fondo. De día y de noche, las máquinas hacían ruido. Cientos de hombres trabajaban en ella. Abajo, muy abajo, cerca del agua, había una sección vieja: el laboratorio.

En el laboratorio había un tanque⁴ grande, medio lleno de petróleo. Era petróleo crudo, negro y espeso⁵. Los científicos hacían pruebas con él. Querían limpiar el mar. Nunca lo consiguieron.

Con los años, el tanque se convirtió en un vertedero⁶. La gente tiraba⁷ cosas dentro: químicos, aceite viejo, agua sucia. También caían cosas del mar —peces muertos, algas,

sangre y trozos⁸ de animales. El olor era terrible. Todo se pudría⁹ junto, despacio, en lo negro. Nadie miraba. Nadie limpiaba.

Un día, la empresa cerró la plataforma. El mundo ya no quería tanto petróleo; había otras energías, más limpias, y el petróleo viejo dejó de dar dinero. Los hombres se fueron en helicópteros y en lanchas. Apagaron las máquinas. Cerraron las puertas.

Nadie vació el tanque.

Se olvidaron de él. Se olvidaron del laboratorio, allá abajo, en la oscuridad, cerca del agua.

Pasaron los años. La plataforma se quedó sola en el mar, la cosa más alta en kilómetros de agua. El viento la golpeaba. El metal se oxidaba¹⁰.

Y llegaban las tormentas. Cada año, muchas veces, los rayos¹¹ caían sobre la torre de hierro. Uno tras otro, año tras año. Cada rayo bajaba por el metal, hasta el fondo, hasta el tanque. Hasta lo negro.

Y en lo negro, algo cambiaba. Muy despacio. El petróleo, los químicos, los animales muertos, la sangre... y el rayo, otra vez y otra vez, uniéndolo todo. Cocinándolo.

Lo negro estaba quieto. Después, ya no.



En el tanque, en lo negro, el rayo baja por el metal.

En la oscuridad, algo se mueve.

Es lento. Es espeso. Sube por las paredes del tanque, muy despacio, y vuelve a bajar. Busca. No tiene ojos, pero busca.

Espera.

Arriba, muy lejos, un helicóptero se acerca a la plataforma. Trae gente nueva.

Lo negro, abajo, en la oscuridad, espera.

Vocabulary

ESPAÑOL	ENGLISH
<i>el petróleo</i>	oil / crude oil
<i>las patas</i>	legs (of the rig)
<i>clavado/a</i>	driven / fixed (into)
<i>el tanque</i>	tank
<i>espeso/a</i>	thick (of a liquid)
<i>el vertedero</i>	dump / landfill
<i>tirar</i>	to throw / dump
<i>el trozo</i>	piece / bit
<i>podrirse</i>	to rot
<i>oxidarse</i>	to rust
<i>el rayo</i>	lightning bolt

Grammar — the present tense makes it happen NOW.

Look at the last part of this prologue. The story starts in the past — *the platform pumped oil, the men left, the years passed* — but then it switches to the **present tense**: *algo se mueve* (“something **moves**”), *lo negro espera* (“the black thing **waits**”). This is not an accident.

The present tense pulls you *into the moment* — the black thing is moving **right now**, as you read. The whole rest of this book is written in the present tense for exactly this reason: in horror, the danger is always **now**. Watch for it.

Summary: Years ago, this was a working oil rig, far out in the Mediterranean. Deep down near the water was an old research lab with a big tank half-full of thick black crude oil. Over the years, people dumped chemicals, waste, and dead sea-life into the tank, and no one ever cleaned it. As the world moved to cleaner energy and stopped wanting the old oil, the company shut the rig down and left — but nobody emptied the tank. It sat forgotten in the dark for years, while storms hit the tall iron tower again and again, and each lightning strike ran down the metal into the tank. Slowly, in the black, something came alive: something thick and blind that moves, and searches, and waits. As the prologue ends, a helicopter is approaching the rig with new people aboard — and the black thing, far below, is waiting for them.

Capítulo 1 — El último turno

El director¹ Serrano está sentado delante, a la derecha, en el helicóptero, con su traje² azul y su maletín³ sobre las piernas. Su maleta viaja atrás, con la carga. Hace frío. La pista⁴ de Tarragona huele a sal y a gasolina. Dos guardias de uniforme suben y se sientan detrás.

—Buenos días, director —dice uno.

Serrano contesta con la cabeza. Conoce a los dos. Buenos chicos.

Dentro del maletín hay papeles, un teléfono y una caja pequeña con un lazo⁵ rojo: un regalo para su mujer. Serrano lo compró ayer. Es para después. Para el final.

Porque este es su último turno⁶. Un mes más en la plataforma, y se acabó. Después: su casa, su mujer. Una vida normal, en tierra.

Veinte años trabajando en prisiones. Ya es suficiente.



Serrano en el helicóptero, con su maletín sobre las piernas.

Su mujer está enferma. Desde hace dos años hay más días malos que buenos. Treinta años casados, y Serrano está aquí, en el mar. Eso también se acabó.

Ella no lo sabe. Si Serrano le dice que deja el trabajo, ella va a decir que no: que el dinero, que un año más. Por eso no dice nada. Se lo va a decir en la puerta de casa, con la maleta en la mano.

El regalo verdadero no está en la caja.

Por la ventana, junto a la valla⁷ del puerto, ve una manifestación⁸: jóvenes con pancartas⁹ verdes, gritando algo del mar y del petróleo. Serrano los mira un momento, sin enfado. Luego mira su reloj.

Una mujer cruza la pista, con una cazadora¹⁰ y una gorra. Lleva una bolsa al hombro. La asistente, piensa Serrano. O la mecánica.

La mujer sube al helicóptero.

—Buenos días —dice.

—Buenos días —contesta Serrano.

La mujer se sienta delante, en el asiento de la izquierda. Sus manos tocan los botones sin mirar. Se pone los cascos¹¹ y enciende la radio.

—Torre¹², EC-JMR, lista para salir —dice—. Tres pasajeros y carga. Rumbo¹³ a la plataforma seis.

Es la piloto. Serrano siente calor en la cara. Qué tonto, piensa.

—Perdón —dice—. Me he equivocado. Usted es la piloto.

—Todos dicen eso —contesta ella, sin volverse—. Pónganse el cinturón, por favor.

El helicóptero sube. Abajo queda la ciudad, y luego solo el mar, verde y gris hasta el final del mundo.

Serrano también lleva cascos, como todos los pasajeros. Dentro, con el ruido, es la única forma de hablar.

—Soy Serrano —dice—. El director de la prisión seis.

—Alma —dice la piloto—. Llevo tres meses en esta ruta, y casi nunca lo veo, director.

—Yo casi nunca salgo. Los turnos son largos.

—¿Y su familia?

—Espera en tierra.

—Sí —dice Alma—. Esa vida la conozco.

Abajo, a lo lejos, pasa otra plataforma, gris y sola sobre el agua. Antes eran plataformas de petróleo. Ahora son prisiones. La empresa las compra baratas y las llena de barrotes¹⁴ y de guardias.

—Cada mes llevo menos guardias a las plataformas —dice Alma—. ¿Por qué?

—Los guardias cuestan dinero. Yo pido más hombres. La empresa dice que no. Tres veces ya.

Alma no contesta. No hace falta.

Serrano mira a los dos guardias, detrás. Piensa en los directores de las otras plataformas. Hombres duros, de voz fuerte, que castigan¹⁵ rápido y duermen tranquilos. Otros directores son más duros. Él no es así. Tampoco quiere ser así.

Al este, muy lejos, hay una línea de nubes¹⁶ oscuras, gorda y baja sobre el agua. Serrano la mira un rato.

—¿Esas nubes? —pregunta—. ¿Es la tormenta¹⁷?

—Va hacia el norte —dice Alma—. Pasa lejos de nosotros. Por ahora es un aviso¹⁸, no un peligro.

—¿Y si cambia?

—Aquí, en otoño, nunca se sabe. Pero hoy no. Hoy está tranquilo.

Serrano mira el agua gris. No le gusta el mar con mal tiempo. Nunca.

En medio del vuelo, la radio suena. Es la base.

—EC-JMR, tienes una llamada personal. ¿Te la pasamos?

—Pásamela —dice Alma.

Se oye una voz pequeña, una voz de niño.

—¿Mamá?

Alma sonrío, y toda su cara cambia.

—Hola, Emilio, mi amor. ¿Has desayunado ya?

—Sí. Mamá Jimena pregunta: ¿vas a llegar para la cena?

—Dile a mamá Jimena que sí. Me falta una vuelta nada más. Una vuelta y vuelvo. Nos vemos esta noche.

—Bueno.

—Te quiero. Pórtate bien, ¿vale¹⁹?

—Vale.

La llamada se corta. Alma vuelve a poner las dos manos en los mandos²⁰. Serrano mira por la ventana. No quiere escuchar, pero lo escucha todo. Piensa: a ella le falta una vuelta. A mí me falta un mes. Pone la mano sobre el maletín, donde está la caja con el lazo rojo.

Delante, en el mar gris, aparece una forma. Al principio es solo una mancha²¹. Después crece: una torre de hierro sobre el agua, enorme, sola, con una luz roja arriba.

La plataforma seis. Su plataforma. Por última vez.



La plataforma seis aparece en el mar gris.

Serrano conoce cada piso. Arriba del todo, el helipuerto. Abajo, los pisos de la prisión: las celdas, los guardias, su oficina. Y más abajo, cerca del agua, los pisos viejos de los tiempos del petróleo — cerrados, oscuros, con las puertas con llave. Ahí ya no baja nadie.

Serrano la ha visto cien veces. Hoy se ve más oscura, más quieta. Como un animal dormido, piensa, y no sabe por qué lo piensa.

El helicóptero baja hacia ella.

Vocabulary

ESPAÑOL	ENGLISH
<i>el director</i>	the warden / the man in charge (of the prison)
<i>el traje</i>	suit
<i>el maletín</i>	briefcase
<i>la pista</i>	apron / tarmac (airfield)
<i>el lazo</i>	bow / ribbon
<i>el turno</i>	shift / rotation (work period)
<i>la valla</i>	fence
<i>la manifestación</i>	demonstration / protest
<i>la pancarta</i>	banner / placard (protest sign)
<i>la cazadora</i>	jacket (Spain)
<i>los cascos</i>	headset / headphones (in Spain; singular <i>el casco</i> = helmet)
<i>la torre</i>	(control) tower
<i>el rumbo</i>	heading / course
<i>los barrotes</i>	bars (of a cell)
<i>castigar</i>	to punish
<i>la nube</i>	cloud
<i>la tormenta</i>	storm

ESPAÑOL	ENGLISH
<i>el aviso</i>	a warning / notice / watch
<i>¿vale?</i>	okay? / all right?
<i>los mandos</i>	the controls
<i>la mancha</i>	spot / stain / smudge

Grammar — *me falta* / *le falta* (how much is left).

Spanish uses the verb **faltar** to say what's *missing* or *still to come*, and it works a bit backwards from English. *Me falta una vuelta* is literally “to-me is-missing one trip” — but you say it in English as “**I have one trip left.**” The thing that's missing is the subject, and the person is *me* / *te* / *le*. Watch how this chapter uses it twice, side by side: Alma says *me falta una vuelta* — one flight between her and dinner at home — and Serrano thinks *a mí me falta un mes* — one month between him and going home for good. Same verb, two people counting down.

You'll also meet **vale** in this chapter, at the end of the phone call. It's the everyday Spanish “okay” — you'll hear it constantly in Spain, at

the end of a sentence to check someone agrees (*Pórtate bien, ¿vale?*) and on its own as an answer (*—Vale.*). Alma and her son use it the way an English parent and child say “okay?” — “okay.”

Summary: Serrano, the warden of “Platform 6” — a decommissioned oil rig now used as an offshore prison — boards a helicopter in Tarragona for his final rotation: one more month, then he’s quitting and going home for good to his wife of thirty years, who has been sick for two. She doesn’t know he’s quitting — she would tell him not to — so he plans to tell her at the front door, suitcase in hand; the small wrapped gift in his briefcase is only part of the news. He takes the woman crossing the tarmac for an assistant; she sits down in the pilot’s seat, and he apologizes, embarrassed. The pilot’s name is Alma. Serrano has asked the cost-cutting company for more guards and been refused three times, and he knows he isn’t hard the way other wardens are — and doesn’t want to be. He asks about a line of dark clouds far to the east; Alma says the

storm is tracking away and is only a “watch,” though the weather here in autumn can change fast. He overhears her take a call from her young son, Emilio — who passes on a question from Mamá Jimena about whether she’ll be home for dinner — and promise that she will be: one trip left, see you tonight. As they descend, the rig looks darker and more still than usual, and a thought crosses his mind: like a sleeping animal.

Capítulo 2 — La última ronda

El helicóptero toca el helipuerto¹, arriba del todo, en el techo de la plataforma. El viento empuja fuerte aquí, tan lejos de tierra.

Serrano baja con los dos guardias. El metal vibra bajo sus zapatos. Conoce ese temblor². Veinte años. Es su casa, y no es una casa.

Alma apaga los motores y baja también.

—¿Cuánto tiempo se queda? —pregunta Serrano.

—Unas horas. Dejo comida, recojo unos papeles. Después, la última vuelta a tierra.

—Pues bienvenida a la seis —dice Serrano—. El café de la cocina es malo, pero está caliente.

Alma sonríe un poco. Serrano se va con los guardias, escaleras abajo.

Cada primer día de turno, Serrano hace una ronda³: baja piso por piso y mira todo con sus propios ojos. Hoy es su última primera ronda. Deja el maletín en su oficina y empieza.

Los pisos de la prisión son todos iguales: pasillos⁴ largos, y a los lados, las celdas⁵, con barrotes de suelo a techo. Desde el pasillo se ve todo el interior de cada celda. Hay pocos guardias — pasillos enteros sin uno. Los presos lo ven pasar.

En un pasillo, un guardia lava el suelo con una manguera⁶. El agua se lleva algo rojo hacia el desagüe⁷.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta Serrano.

—Una pelea⁸, director. Dos presos, por un cigarro. Uno le abrió la cara al otro con una cuchara⁹.

—¿Y el herido¹⁰?

—En la enfermería¹¹. Le van a coser¹² la cara.

—¿Y la cuchara?

—La tenemos, director.

Serrano mira el agua roja un momento. Veinte años, y todavía no se acostumbra. Un hombre puede matar a otro por un cigarro.

—Cámbialo de celda —dice—. Quince días sin subir al patio. Y mañana lo quiero ver en mi oficina.

—Sí, director.

Dos celdas más allá, un preso viejo esconde algo bajo su cama: pan del comedor. Está prohibido. Serrano lo ve. El preso lo mira, quieto, esperando.

—Cómetelo hoy —dice Serrano—. Otro guardia te lo quita.

Y sigue caminando.

El guardia de la manguera lo mira. Es una mirada corta, pero Serrano la conoce bien: *blando*¹³. Serrano sigue su ronda. No le importa.

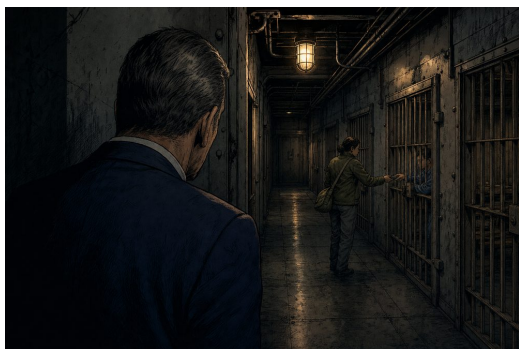
En el pasillo B, Serrano se detiene antes de la esquina. Hay voces. Adelanta la cabeza, despacio.

Es la piloto, con su bolsa al hombro. Los guardias la conocen y la dejan pasar; viene cada mes. Está delante de una celda, hablando con un preso joven: Dani. Serrano conoce su expediente¹⁴: un robo¹⁵ que salió mal, hace tres años; alguien murió, pero no fue su mano. Mala suerte, no maldad¹⁶.

Alma mira a los dos lados del pasillo. No ve a Serrano. Saca algo de su cazadora y lo pasa rápido entre los barrotes.

Es un chocolate.

Dani lo esconde en un segundo. Sonríe, y por un momento no parece un preso. Solo un chico con un dulce.



Alma pasa un chocolate entre los barrotes de la celda de Dani.

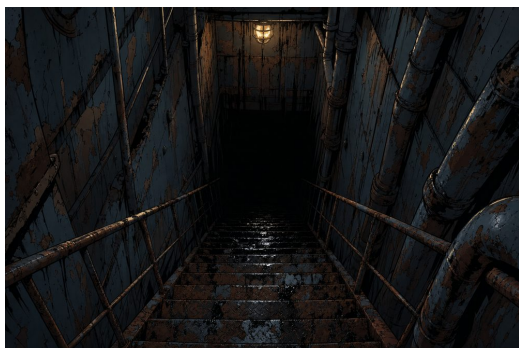
Está prohibido, claro. La regla es clara: informe¹⁷. Serrano mira un segundo más, da un paso atrás, sin ruido, y se va por otro pasillo.

La ronda termina abajo, donde terminan todas: en la escalera de la parte vieja. Los cuartos del laboratorio¹⁸, cerrados desde los tiempos del petróleo. Ahí abajo quedan los tanques de antes, vacíos desde hace años.

Desde la pasarela¹⁹ de fuera, Serrano mira hacia abajo: muy abajo, casi en el agua, las dos lanchas²⁰ salvavidas — dos cápsulas naranjas, gordas, colgadas de sus rampas sobre el mar. Nunca ha visto caer una. Espera irse sin verlo.

Vuelve a la escalera. Del fondo sube un olor. Óxido²¹, y algo más. Algo espeso.

Serrano se queda quieto un momento. La escalera baja y baja, y la luz no llega al fondo. En veinte años, nunca ha bajado hasta allá. Nunca ha tenido una razón.



La escalera de la parte vieja, que baja a la oscuridad.

Firma la hoja de la pared y sube. Sube rápido. Más rápido que al bajar.

En su oficina lo espera una montaña de papeles: las firmas del final del turno. Tiene que firmar cien hojas. Le faltan todas.

Antes de empezar, abre el maletín y saca la caja con el lazo rojo. La pone en el estante²², delante de su silla, donde puede verla. Un mes.

Empieza a firmar.

Un guardia llama a la puerta.

—Director. Ha llamado la base. La tormenta ha cambiado de rumbo. Ya no va hacia el norte. Viene para acá. Y ya no es un aviso.

Serrano deja el bolígrafo²³.

—¿Y la piloto?

—No puede volar. Tiene que quedarse esta noche. ¿Y dónde la ponemos? Arriba no hay cuartos libres. Con la tormenta, el turno viejo no se va.

Serrano mira por la ventana. El cielo del este ya no está lejos: está más gris, más bajo, más cerca del agua.

—El cuarto del personal, en el piso de las celdas —dice—. El que está al lado de la oficina de guardias. Dale una cama y un sitio en el comedor. Y un guardia cerca, toda la noche.

El guardia se va. Serrano se queda con el bolígrafo en la mano, sin firmar.

Nos vemos esta noche, dijo la piloto en su llamada. Un niño espera en una puerta, en tierra.

El viento empuja la plataforma. Muy abajo, el metal cruje²⁴. En la parte vieja, donde no baja nadie.

Vocabulary

ESPAÑOL	ENGLISH
<i>el helipuerto</i>	helipad / helideck
<i>el temblor</i>	trembling / vibration
<i>la ronda</i>	(inspection) round / patrol
<i>el pasillo</i>	corridor / hallway
<i>la celda</i>	(prison) cell
<i>la manguera</i>	hose
<i>el desagüe</i>	drain
<i>la pelea</i>	fight
<i>la cuchara</i>	spoon
<i>el herido</i>	the injured man
<i>la enfermería</i>	infirmary / sickbay
<i>coser</i>	to sew / stitch
<i>blando/a</i>	soft (of a person: weak)
<i>el expediente</i>	file / record
<i>el robo</i>	robbery / theft
<i>la maldad</i>	evil / wickedness
<i>el informe</i>	report (written)
<i>el laboratorio</i>	laboratory / research lab
<i>la pasarela</i>	walkway / gangway
<i>la lancha (salvavidas)</i>	(life)boat
<i>el óxido</i>	rust (cf. oxidarse, to rust — Prologue)

ESPAÑOL	ENGLISH
<i>el estante</i>	shelf
<i>el bolígrafo</i>	pen
<i>crujir</i>	to creak

Grammar — *tener que* + verb (to have to do something).

To say someone **has to** do something in Spanish, you use ***tener que*** + the plain (infinitive) verb. You'll see it twice near the end of this chapter: Serrano *tiene que firmar cien hojas* — he “**has to sign** a hundred pages” — and the guard reports that the pilot *tiene que quedarse esta noche* — she “**has to stay** tonight.” It's simple and very common: *tengo que trabajar* (I have to work), *tienes que comer* (you have to eat). The verb after *que* never changes — it stays in its dictionary form. Nobody wants to stay on the rig tonight. With the storm coming, they have to.

Summary: Serrano lands on Platform 6 and begins his usual first-day inspection round — his last before he retires. He finds a guard

hosing blood off a corridor floor: two prisoners fought over a cigarette, and one cut the other's face open with a spoon. Serrano confirms the weapon was recovered and deals with the attacker calmly — a cell change, fifteen days without the yard, a summons to his office. Two cells on, he finds an old prisoner hiding bread and lets him keep it with a quiet warning, which draws a short look from the guard: soft. Around a corner he watches the pilot, Alma — a regular the guards wave through — slip a chocolate through the bars to Dani, a young prisoner whose file says a robbery went wrong three years ago; Serrano steps back without a sound. His round ends at the sealed old laboratory stairs, where a thick smell rises from a darkness he has never gone down into, and he climbs back up faster than he came down. Then a guard brings news: the storm has turned, the pilot has to stay the night, and with the old shift stranded aboard there are no free rooms above — so Serrano assigns her the staff room on the cell floor, next to the guards' office, with a guard posted near all night.

GROWN UP LANGUAGE

Keep reading

That's the opening. The rest of the story
— and what is waiting down in the dark
— is in the full book.

Read the whole book free:

grownuplanguage.com

*Enjoying it? Send a friend to grownuplanguage.com
for their own free copy.*